

Homilía II Peregrinación Diocesana al Santuario de Nuestra Señora de los Dolores de Chandavila

Queridos señores vicarios generales, de Evangelización y episcopales; queridos sacerdotes que hoy estáis concelebrando y que habéis acompañado a vuestros feligreses en esta peregrinación diocesana: gracias, gracias por acompañarlos, gracias por estar aquí.

Saludo también a los representantes de la vida consagrada, a los niños, jóvenes y adultos que hoy habéis venido a este lugar de gracia, como lo llamó el Papa Francisco. Saludo, cómo no, a los diáconos, a los seminaristas, al coro y a todos los que estáis aquí presentes.

El Señor os dé la paz.

Y bendito, como decíamos en la primera lectura, bendito sea el Señor Dios, porque, a través de su Hijo, nos ha regalado una madre, una madre que nunca abandonará a su pueblo y a sus hijos: María Santísima, en la advocación aquí de los Dolores.

Desde aquí enviamos un cordial saludo al Santo Padre, el Papa León, asegurándole nuestra oración por una pronta recuperación y, cómo no, a todos los enfermos a quienes les gustaría estar aquí, pero que no pueden hacerlo.

Un año más nos hemos puesto en camino para peregrinar a este santuario, este lugar donde se siente de manera particular la presencia de la Virgen, que aquí quiso hacerse visible a dos niñas, Marcelina y Afra, hace ahora más de 50 años.

La peregrinación diocesana que hoy estamos llevando a cabo tiene una dimensión eclesial muy importante. No acudimos a Chandavila como personas aisladas, sino como miembros de una misma Iglesia particular: sacerdotes, diáconos, religiosos, consagrados, seminaristas, familias, jóvenes, niños, ancianos y laicos comprometidos.

Hoy aquí podemos contemplar un icono de nuestra Iglesia, que peregrina en Mérida-Badajoz.

Todos, queridos hermanos y hermanas, estamos llamados a caminar juntos, a compartir la fe y a trabajar unidos en la única y misma misión evangelizadora.

Y todos estamos llamados a compartir la fe, particularmente en estos tiempos en que, como ya decía san Pablo VI, ni la fe ni la fidelidad están de moda. Nosotros hoy queremos aquí mostrar que todavía se puede creer y que todavía tiene sentido creer en Jesucristo, muerto y resucitado, que está sentado a la derecha del Padre para interceder por nosotros.

Estamos llamados a trabajar juntos, particularmente ahora que estamos estrenando el nuevo Plan Diocesano de Pastoral. María, la Siempre Virgen, nos enseña a vivir en esa comunión, a derribar cualquier barrera, sea cual sea su motivo.

No nos especialicemos en construir muros. Si algo tenemos que construir, son puentes.

Es Iglesia, no capillas; Iglesia donde hay lugar para todos, para todos. Sobre todo para los pecadores, porque, como ya he dicho antes, Dios no nos ama a pesar de nuestros pecados. Eso es muy poco para nuestro Dios. Eso lo hacemos nosotros a veces.

Dios nos ama con amor de predilección, porque tú y yo, y estos también, somos pecadores. Yo diría que no hay que avergonzarse por ser pecador, siempre y cuando recurramos al Señor que perdona.

Derribemos, pues, las barreras que nos impiden caminar juntos. Construyamos puentes en los que todos podamos encontrarnos en el camino que nos lleva a Jesús, muerto y resucitado, y que ahora camina con nosotros, como un día caminó con los discípulos de Emaús.

Esta peregrinación diocesana puede ser una ocasión preciosa para fortalecer la fe de nuestra Iglesia de Mérida-Badajoz, para fortalecer la comunión entre las parroquias y recordar que caminamos juntos, sostenidos por la esperanza y también

en medio de las dificultades por las que podamos estar atravesando, sostenidos por María y por su Hijo.

Aprovechemos esta hermosa ocasión para encontrarnos con el Señor a través de la Virgen de los Dolores y para encontrarnos con otros, para enriquecer y enriquecernos con los dones que el Señor nos ha regalado a cada uno.

Nos encontramos en el Santuario Diocesano de Nuestra Señora de los Dolores, y el título de Nuestra Señora de los Dolores nos invita a contemplar a María al pie de la cruz de su Hijo.

Ella conoce, como cualquier madre y tal vez más que cualquier madre, el dolor, la incertidumbre, la angustia y la injusticia, pero también conoce la fuerza de la fe y la esperanza.

Ella no se aparta cuando llega la hora de la prueba; permanece fiel, acompañando a su Hijo hasta el final.

Venimos a Chandavila para poner nuestros dolores en las manos de María y aprender de ella a vivirlos con fe, sin perder nunca la esperanza.

Queridos peregrinos, pongamos a los pies de la Virgen de los Dolores de Chandavila los sufrimientos de tantas personas de nuestra diócesis: el dolor de nuestros enfermos, la soledad de muchos ancianos, la falta de trabajo, sobre todo entre los jóvenes, las familias que atraviesan dificultades, las heridas que aún no han encontrado consuelo, los jóvenes que buscan futuro y quienes han perdido la esperanza.

Y pongamos también bajo el manto de María las alegrías y nuestros agradecimientos.

Que nadie regrese de Chandavila sin haber experimentado la cercanía maternal de María.

Pero pongamos también a los pies de la Virgen todas las necesidades de nuestra Archidiócesis, particularmente la necesidad que sentimos de vocaciones para formar familias cristianas, para la vida consagrada y para la vida sacerdotal.

Y pongamos bajo su mirada el objetivo principal de nuestro Plan Diocesano de Pastoral para este año: el primer anuncio y la iniciación cristiana. Y todo esto, a partir de un encuentro real con Cristo.

El Evangelio que hemos proclamado nos presenta a María como la mujer fiel que permanece junto a Jesús en el momento de la cruz.

Su presencia nos enseña que el verdadero amor, como el que Dios nos manifestó a través de su Hijo, nunca vendrá a menos, por difíciles que puedan ser las circunstancias por las que estamos atravesando.

Nos muestra que la fe no desaparece ante las dificultades y que la esperanza cristiana no consiste en vivir sin problemas, sin dificultades, sino en confiar en Dios incluso cuando no comprendemos sus caminos. Incluso cuando decimos: «¿Por qué, Señor, a mí? ¿Por qué a mí? Me ha tocado esto».

Sí, queridos hermanos y hermanas, Dios es amor y, al cumplirse la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo, nacido de mujer, María Santísima, y lo mandó para que compartiera nuestra historia con todo lo que ello lleva consigo y para salvarnos.

A quien no conoció pecado, Dios lo hizo pecado para que pudiera compadecerse de nosotros, sus hermanos.

Esta imagen de la Virgen de los Dolores tiene una fuerza para todos los que peregrinamos en estas tierras extremeñas y, particularmente, para la Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz.

También nosotros estamos llamados a permanecer junto a la cruz de Jesús y junto a la cruz de todos aquellos que sufren, a no mirar hacia otro lado ante las heridas de nuestro mundo y a ser siempre una Iglesia cercana, compasiva, misericordiosa y samaritana.

Podríamos preguntarnos en un día como hoy: ¿somos capaces de permanecer junto a quienes nos necesitan? ¿Sabemos acompañar, escuchar y consolar? Nuestras comunidades parroquiales, nuestra Archidiócesis, nuestras comunidades religiosas, ¿son hogares donde las personas heridas encuentran acogida?

Chandavila es un lugar que la diócesis desea que siga ofreciendo a los peregrinos paz interior, consuelo y conversión. Así lo recoge también la carta del Santo Padre sobre la riqueza espiritual de este lugar.

Por eso, la peregrinación que hoy estamos llevando a cabo puede ser, ojalá lo sea, una oportunidad para crecer en nuestra relación con Jesús, en nuestro encuentro con Jesús, para reconciliarnos con los hermanos y recuperar la alegría de sentirnos amados y perdonados.

Hemos llegado aquí como parroquias, como familias, como personas, buscando la mirada materna de María, la madre que conoce el sufrimiento porque, como ya hemos dicho, permaneció al pie de la cruz y que nos enseña a no quedarnos en el dolor, sino a llevarlo a Jesús.

Hoy entreguemos a Jesús nuestro dolor, nuestro pecado y nuestras dificultades, para que Él los transforme, como sabe hacerlo.

Y también tengamos la valentía de decirle: «Gracias, Señor, porque nos amas; gracias, Señor, porque has dado la vida por nosotros».

No seamos como los diez, como los nueve leprosos curados por Jesús, que no se dignaron a decir gracias. Solo uno lo hizo, y era samaritano.

María nos lleva siempre a Jesús. No nos detenemos en ella como si fuera la meta última de nuestra fe, sino que, de su mano, nos acercamos a Cristo, que entrega su vida por nosotros y nos abre las puertas de la misericordia del Padre.

Por eso, os invito, queridos peregrinos, a que regresemos a nuestros hogares con el deseo sincero de perdonar, de perdonar. Si no, no recemos el Padrenuestro, porque ahí decimos: «Perdónalos como yo perdono».

Que regresemos de aquí, de este lugar donde la Virgen pidió perdón y reconciliación en situaciones históricas que conocéis muy bien los de esta tierra, como las conozco yo. Regresemos dispuestos a perdonar.

¿Cuántas veces? ¿Siete veces? No, 77 veces, es decir, siempre, siempre.

Lo importante no es saber quién ha comenzado a herir nuestros sentimientos. Lo importante es saber que yo soy el que tiene que dar el primer paso.

Hemos llegado aquí como Iglesia diocesana, llamados, lo repito una vez más, a caminar juntos como Iglesia cercana, compasiva, Iglesia samaritana, que, al inicio de este curso pastoral, cuenta con María, que nos acompaña en el camino marcado por el Plan Diocesano de Pastoral, que nos ayuda a descubrir que todos, por el bautismo, somos discípulos misioneros y que nuestra misión es anunciar el Evangelio con alegría, primero con la vida y, si el Señor lo permite, también con nuestras palabras.

Que este santuario que nos acoge hoy sea, siga siendo, lugar de perdón, de reconciliación y de conversión; y que de este lugar salgamos con una fe más viva, un corazón reconciliado y un compromiso renovado de servir a los hermanos, confiando en que la Virgen de los Dolores nos lleva siempre a Jesús, a quien confesamos muerto y resucitado, y nos ayude a caminar unidos, reconciliados y en misión como diócesis.

Fiat, fiat. Amén, amén.